

**"CON LOS POBRES DE LA TIERRA
QUIERO YO MI SUERTE ECHAR"**

Alejandro von Rehnitz

No fue un accidente, no fue una equivocación, no fue una desgracia más, lamentable, pero fortuita. Los mataron por estar en el lugar que debían y haciendo lo que era su deber hacer. Vivían en El Salvador, trabajaban por El Salvador, trabajaban con salvadoreños y para salvadoreños; les tocó compartir la suerte de aquellos para quienes vivían y con quienes convivían. Si resultó sensacional es sólo porque no es normal que un sistema sea tan salvaje que asesine de un golpe seis sacerdotes que, además, dirigen una universidad. En El Salvador ellos, seis sacerdotes, son sólo seis muertos más entre los sacerdotes, religiosos y hasta arzobispos que el régimen ha eliminado, y esto sí normalmente, uno por uno, no en racimo.

Ignacio Ellacuría era un hombre brillante, de dialéctica chispeante, cuyo compromiso con la intelectualidad filosófica y teológica sólo era comparable con su amor por El Salvador y su pueblo. Juan Ramón Moreno era bien conocido en Nicaragua. Hombre tranquilo, inteligente, sensible y sensato que presidió durante varios años la Confederación de Religiosos de Nicaragua. Joaquín López y López, salvadoreño de nacimiento, pobre para los pobres por opción preferencial indeclinable, dirigió, desde su fundación, la organización Fe y Alegría en El Salvador. Amando López, era, también, bien conocido en nuestro país.

Fue rector del Colegio Centro América y de la Universidad Centroamericana. De magnífico carácter y bondad reconocida, Amando hizo verdadero su nombre hasta su muerte. Segundo Montes e Ignacio Martín Baró, menos conocidos en Nicaragua, pero religiosos cuya inteligencia y amor estuvieron siempre al servicio de los salvadoreños por los que eran perfectamente conocidos tanto en la universidad como fuera de ella. Con ellos murieron, porque los escuadrones de la muerte no dejan testigos, la señora Elba Ramos y su hija Maricet, de quince años, que, como los padres y con los padres jesuitas, compartieron la suerte del pueblo de El Salvador, martirizado, perseguido, masacrado, crucificado.

Les dispararon al cerebro, todo un símbolo, no al bolsillo. Compartieron, hasta sellarla con su sangre, la suerte de los pobres a los que amaron con todo su corazón. Su muerte los coloca en la misma línea martirial de Monseñor Romero; por ser absolutamente fieles a su fe y por ser absolutamente fieles a su pueblo. Si todos ellos no van a resucitar tampoco Cristo resucitó. Dios se ha comprometido a reivindicar al justo y a su causa. Los mártires de El Salvador, todos, han muerto como Cristo y tienen derecho a una resurrección como la de Cristo.